

XIX. ALIADOS Y ENEMIGOS EN AMÉRICA LATINA: OTOMANISTAS, ARABISTAS Y FRANCÓFILOS

Hernán G. H. Taboada ¹

Identidades en el *Mashreq* y en América

Debemos comenzar con un pequeño recuento sobre la historiografía de los nacionalismos modernos en el *Mashreq* u oriente árabe. Durante mucho tiempo éstos se entendieron a partir de sus propios discursos: pretendían ser la toma de conciencia de viejas identidades étnicas (árabe, libanesa, fenicia, siria, etc.) que habían estado por siglos oprimidas bajo el despotismo turco. Nuevas interpretaciones nos dicen, contrariándolos, que aparecieron tardíamente y que lo hicieron por medio de intelectuales (varios de ellos cristianos) muy influidos por el ideario de los nacionalismos europeos, que su irradiación fue mínima hasta la primera Guerra Mundial y que sólo después de ésta y del derrumbe de la autoridad otomana las élites del *Mashreq*, las cuales hasta entonces habían aceptado el otomanismo, buscaron construir discursos nacionalistas propios, y los fueron hallando en torno a los fenicios, a la Gran Siria o al arabismo. Este último terminó por prevalecer, por extenderse del *Mashreq* hacia Egipto y después los países del Magreb. En las últimas décadas, los nacionalismos locales han resurgido y ha aparecido un fuente competidor con el islamismo político.

La citada versión revisionista, si bien está lejos de ser reciente, no fue y todavía no es en general conocida entre los historiadores de la migración árabe hacia América Latina, el llamado *mahýar*.² Éstos proceden en forma abrumadora de las comunidades mismas, las cuales empezaron a hilvanar en torno a la primera Guerra Mundial sus primeras interpretaciones sobre identidad nacional, fuertemente determinadas por la evolución política en el *Mashreq* posterior a su llegada, es decir la que tuvo lugar desde finales del

¹ Doctor en Estudios de Medio Oriente por el Colegio de México y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y docente en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la misma universidad. Coordinador general de la sección mexicana de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África. Autor de numerosas publicaciones.

² Se verá que me refiero a árabes para nombrar a los individuos que hablaban árabe o algunas de sus variantes coloquiales, y para nuestro caso provenían mayoritariamente de los actuales Estados de Líbano, Siria y Palestina, junto con algunos iraquíes. El uso del término no implica, como el texto deja claro, que ellos siempre se llamaran así.

siglo XIX hasta la primera posguerra, cuando se extendieron los nacionalismos a los que me he referido en el primer párrafo. Determinaron, del mismo modo, esta elaboración los debates e intereses propios de cada comunidad y los de los distintos Estados americanos que los habían recibido. Las interpretaciones así esbozadas, con sus variantes, quedaron plasmadas en artículos, en libros de historia y en la tradición oral; dicho material es el que influyó sobre las obras secundarias, que de ellos derivan y que tanto el medio criollo como las comunidades mismas fueron aceptando como canónicas.

Sólo recientemente ha habido un cuestionamiento por historiadores armados de más oficio historiográfico y una más amplia y astuta indagación en las fuentes, junto con un conocimiento más exacto de la evolución ideológica en el *Mashreq*, de la historia intelectual de las comunidades inmigradas y de las teorías generales sobre el nacionalismo. De estos trabajos se desprende que los árabes de América Latina (o podríamos decir de las Américas en conjunto) también se vieron perplejos, como los que habían quedado en su patria, a la hora de definir una identidad grupal a la caída del Imperio otomano. En parte como reflejo de las condiciones en el *Mashreq*, en parte por una evolución propia, en parte por su ambigua relación con las sociedades receptoras, tuvieron desacuerdos en cuanto a los referentes identitarios, lo cual dio origen a debates de todo tipo.³

En lo que coincidieron cada vez más después de la primera Guerra Mundial fue en rechazar la conquista turca y el legado del Imperio otomano —causante de la decadencia de pueblos brillantes y civilizados, un despotismo del que habían huido— e insistieron en que la denominación de *turcos* que se les daba era errónea, que nada de turcos tenían, que ellos eran sirios, libaneses, fenicios, árabes, cristianos, semieuropeos. Este rechazo quedó englobado en las construcciones identitarias que he mencionado. Sin embargo, han empezado a desenterrarse señales de que en la polémica inicial al interior del *mahýar* tuvo

³ La bibliografía a la cual me voy a referir a menudo en los párrafos que siguen es Kernal H. Karpat, “The Ottoman emigration to America 1860-1914”, *Middle East Studies*, n. 17 (1985), pp. 175-209; Christoph Schumann, “Nationalism, diaspora and ‘civilisational mission’: the case of the Syrian nationalism in Latin America between World War I and World War II”, *Nations and Nationalism*, vol. 10 (2004), pp. 599-616; Steven Hyland Jr, “Arise from deep slumber: transnational politics and competing nationalisms among Syrian immigrants in Argentina 1900-1922”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 43 (2011), pp. 547-574; Stacy Fahrenthold, “Transnational modes and media: the Syrian press in the Mahjar and emigrant activism during World War I”, *Mashriq-Mahjar*, 1 (2013), pp. 30-54.

el otomanismo cierta popularidad, que culminó en los años de la primera Guerra Mundial. Dar algunas indicaciones sobre esta existencia es el objeto de los apartados que siguen.

Una toma de conciencia

Los inmigrantes árabes que llegaban a América nutrían desconfianza frente al poder estatal, como era antiquísima regla entre las comunidades del Viejo Mundo, y se refugiaban en su pequeño grupo, local o religioso, no en las corrientes que después tendrían difusión como el arabismo, el fenicismo, ni identidades como la siria o libanesa. Prueba de esto lo ofrecen la variedad de nombres recibidos y adoptados al llegar —turcos, otomanos, sirios, libaneses, siriolibaneses o árabes—, que eran impuestos por los Estados criollos pero que en el momento de declarar su identidad ellos adoptaban sin mayor reflexión, usándolos también para los clubes o asociaciones que fundaban, para sus tiendas y en alguna ocasión hasta para apellido. También es notable que las primeras instituciones tuvieran un referente religioso: en Argentina se citan iglesias maronitas en Buenos Aires (1901) y Tucumán (1910), una iglesia griega ortodoxa en Santiago del Estero (1914), la Sociedad Islámica en Buenos Aires (1910) y sociedades funerarias judías (1913 y 1923).⁴

Tal pasividad política de individuos cuya motivación principal era sobrevivir en un medio desconocido, difícil y a menudo hostil, no definir una identidad, empezó a modificarse durante la segunda década del siglo XX debido a varios factores. En parte a cambios sociales en los países de origen, entre los cuales tuvo la emigración un papel importante. En parte porque al eliminar ésta en muchas regiones la mayoría cristiana, produjo una reacción arabista.⁵ Pero la evolución ideológica también respondió a cambios americanos propios, porque se ha notado que los nacionalismos entre los miembros de las diásporas tienden a ser más precoces, debido a la influencia del medio, al aislamiento en una sociedad extraña, que minimiza las diferencias entre ellos, y a la mayor libertad de expresión; son especialmente fértiles para los pan-nacionalismos.⁶ En las comunidades árabes de la diáspora estos factores se maximizaban porque era su extrañamiento cultural mayor que el

⁴ Hyland, “Arise from deep slumber”, p. 360.

⁵ Karpat, “Ottoman emigration to America”, p. 192.

⁶ Jacob Landau, art. “Diaspora nationalism”, en Alexander J. Motyl, ed. in chief, *Encyclopedia of nationalism*, San Diego etc: Academic Press, 2001, vol. 2, pp. 126-127; Schumann, “Nationalism”, pp. 599ss.

de los otros grupos inmigrantes, y con ello la necesidad de unirse: acercamientos y matrimonios insólitos se daban, como entre gentes de poblados distintos, cristianos, musulimes y judíos de distintas denominaciones, y hasta entre miembros de estas distintas religiones. La libertad de que gozaban para publicar (sobre todo en árabe) era por otro lado muy superior a la de su patria, bajo la policía de Abdul Hamid II y después de Cemal Bajá en Siria. Salvo breves periodos, la prensa árabe de la diáspora fue la única que gozó de libertad para expresar sus ideas. Junto a los inmigrantes de Egipto, Francia y los Estados Unidos, tuvieron gran protagonismo los de las distintas comunidades de América Latina

Factores peculiares obraban en esta región: en las ciudades europeas existía un medio intelectual estimulante, así como en Egipto, con amplia población cosmopolita, abundante prensa y un naciente movimiento nacional. Sin embargo, pienso que en América encontraron una influencia mucho más ubicua y cotidiana: había alrededor otros inmigrantes necesitados de reinterpretar su identidad, había un Estado que decía fundarse sobre un ideal nacional democrático. Además, en América Latina la novedad de dicho Estado hacía necesario el énfasis sobre sus caracteres distintivos, con una profusión de símbolos nacionales, festejos patrios e insistencia pedagógica en la nación, eran países sin colonias y con un discurso nacional contrario a ellas. Por otro lado, florecía por esos años una serie de propuestas de tipo nacional populista, novedosas en cuanto a los fundamentos de la nación y a la unidad latinoamericana. No fueron ajenos a tales propuestas varios árabes que actuaron en la política criolla o un famoso conferencista y articulista de las comunidades, Habib Estéfano (1888-1946), que llegó a escribir un libro sobre *Los pueblos hispano-americanos: Su presente y su porvenir* (1931).

Todo ello empezó a obrar cuando las comunidades árabes adquirieron consistencia numérica y sus hijos alcanzaron éxito económico y profesional, lanzándose a la actividad política local, organizándose en clubes y centros comunitarios. Éstos a su vez inauguraron una serie de contactos internacionales que hasta entonces habían faltado: contactos entre sí y con los lugares de origen. También pesó que, a partir de 1895 aproximadamente, comenzaron a llegar como inmigrantes también profesionales, académicos e intelectuales, algunos de los cuales habían estudiado en el extranjero, habían recorrido mundo, sabían

otros idiomas, habían actuado en política y por ende tenían un horizonte más amplio y complejo del mapa identitario.⁷ Los más leídos de ellos suscitaron la serie de cuestiones sobre el nombre y la nación que en pocos años ocuparon un lugar central en las polémicas internas de clubes y periódicos en torno al otomanismo, al arabismo y a otras propuestas nacionales. Se ha notado, en el caso de Argentina, que la producción periodística árabe fue más abundante que la de las otras comunidades,⁸ característica que se debe subrayar en la época que estudiamos, porque es la de mayor afluencia de inmigrantes al país. Hubo polémicas en torno a los nombres de sus asociaciones y no faltaron cambios en éstos.

Sobre este público crecientemente receptivo empezó a obrar la influencia del Estado otomano y la de los nacionalistas árabes.

El imperio otomano entre el *mahÿar* latinoamericano

Los inmigrantes árabes a América Latina solían, y suelen, referirse a la pésima situación que antes de su arribo imperaba en sus tierras de origen: arbitrariedad, violencia, reclutamientos forzosos, luchas étnicas y opresión general de los cristianos. Los testimonios al respecto son demasiado numerosos y variados para que se rechacen, aunque una gran parte se difundieron para lograr el apoyo de las instituciones y el público cristianos de Europa y América y podemos pensar que por ello exageraron la nota,⁹ por tal motivo se debe por lo menos matizar la interpretación luego generalizada que atribuía todos estos males a los vecinos musulimes o drusos y al sistema imperial otomano.¹⁰ En muchas ocasiones era precisamente la desintegración de este sistema, que había garantizado largas épocas de paz y prosperidad lo que llevó a los males referidos. Fueron los inmigrantes no sólo cristianos, sino que también hubo musulimes y drusos, es decir que todos huían de la mala situación económica. Cierta fraternidad entre armenios y musulimes se ha notado en la comunidad asentada en Worcester, en Estados Unidos, en pleno auge de la cuestión

⁷ Karpát, "The Ottoman emigration to America".

⁸ Hammurabi Noufourí, "Contribuciones argentinoárabes: entre el dato y la imaginación orientalista", en Karim Hauser y Daniel Gil, eds., *Contribuciones árabes a las identidades latinoamericanas*, Madrid: Casa Árabe y IEAM, 2009, pp. 115-152, p. 130.

⁹ Así describe Antonio Letayf la táctica: "Quejándose del turco, para conmovier a los piadosos y filántropos y hacerles aflojar sus bolsillos y comprarles sus artículos llamados 'reliquias de Tierra Santa' a precios fabulosos", "Sirios desenmascarados" y cultura árabe, México: Servicio de Informaciones Alemanas, 1918, p. 6.

¹⁰ Karpát, "Ottoman emigration to America"; a diferencia de otros escritos, tiene el mérito de tratar la cuestión desde las fuentes e interpretación otomana.

armenia.¹¹ También debe agregarse que una amplia proporción no adoptó la nacionalidad de los países receptores, que la mayoría tenía planeado volver a su patria y que efectivamente hubo una alta tasa de retorno, mayor a la de otras comunidades de inmigrantes, con el regreso por lo menos temporal de una gran parte de los árabes al imperio otomano. Muchos viajaron una y otra vez, y al asentarse en su patria invirtieron, construyeron casas suntuosas y compraron propiedades rurales. Para Líbano, se habla de 77594 regresos antes de la primera Guerra Mundial, es decir que consideraban aceptable vivir ahí.¹²

Es de recalcar, por otro lado, que precisamente en favor de estas comunidades comenzó el Imperio otomano a consolidar sus relaciones con América Latina. Éstas habían existido esporádicamente en el siglo XIX: algún tratado, correspondencia, contactos entre diplomáticos, cónsules latinoamericanos en alguna ciudad otomana o en Egipto (oficialmente otomano hasta la primera Guerra Mundial). Relaciones más formales se dieron con la todavía española Cuba (consulado honorario en La Habana en 1873) y con los dos imperios que tuvimos: en 1864, Maximiliano envió a un representante a Estambul y en el Brasil de Pedro II hubo un consulado honorario en 1859. Se trató, sin embargo, de episodios poco significativos, que sólo se ampliaron con el gobierno surgido de la revolución de 1908: en Argentina, se instaló un consulado desde 1909; con Chile parecen haber habido relaciones antes de 1910, pero sólo entonces se habla oficialmente de representantes consulares; ese mismo año iniciaron conversaciones con Venezuela, que sin embargo quedaron interrumpidas por los acontecimientos posteriores. Con el México republicano también existieron desmayadas pláticas, que la Revolución de 1910 interrumpió.¹³

Los objetivos de tales esfuerzos eran variados. El gobierno de Estambul se había dado cuenta que era vano tratar de impedir la emigración, que el peligro del despoblamiento que se argumentaba hasta entonces quedaba conjurado con la llegada de musulimes expulsados

¹¹ Mehmet Uğur Ekinci, "Reflections of the first Muslim emigration to America in Ottoman documents", pp. 45-56. http://www.academia.edu/5405036/Reflections_of_the_First_Muslim_Immigration_to_America_in_Ottoman_Documents

¹² Karpat, "The Ottoman emigration to America".

¹³ Mehmet Necati Kutlu *et al.*, *Imperio otomano-América Latina (periodo inicial)*, Ankara: Centro de Estudios Latinoamericanos, 2012.

de los Balcanes o el Cáucaso, que la emigración aflojaba tensiones y que el establecimiento de comunidades de origen otomano en el exterior significaba el envío de remesas y un posible acrecentamiento de influencia entre países que aumentaban su importancia. También se quiso evitar el desprestigio que originaban súbditos otomanos en la miseria o el crimen, disponiéndose el gobierno a apoyar el regreso de los que lo solicitaran. No parece que esta medida tuviera aplicación, pero sí hubo éxito en recapturar la lealtad de súbditos dispersos por el mundo. En 1896, la Puerta autorizó la migración y en años posteriores aumentó las relaciones con las comunidades y con algunos Estados latinoamericanos.

El éxito de estas maniobras se debió en parte a que el antiotomanismo típico de épocas posteriores no se había desarrollado aún, salvo algunos bolsones de oposición en las comunidades y en la sociedad criolla. Los inmigrantes aceptaban la denominación de turcos u otomanos y la utilizaban, como dije antes, lo cual respondía a la mencionada pasividad identitaria, pero también se deja de ver que individuos que más tarde serían independentistas inicialmente sólo eran autonomistas, como Jalil Saade (1857–1934), prominente vocero del nacionalismo sirio asentado en Brasil, cuya obra continuó su hijo Antun Saade. Quienes tenían mayores conocimientos dejaron en sus memorias pinceladas positivas sobre los turcos, con los cuales habían tenido todo tipo de relaciones. El padre de Antonio Eleas, comerciante tucumano, había sido un funcionario otomano en Siria, y sobre todo está el ejemplo del druso Emín Arslán (1866-1943), quien había conocido personalmente a Abdul Hamid II y había sido enviado por los Jóvenes Turcos como cónsul a Buenos Aires: en sus escritos posteriores a la guerra afirmó que Abdul Hamid era mil veces preferible a los gobernantes que le sucedieron, aunque también de Enver Bajá, otro conocido suyo, dio algún toque positivo.¹⁴ Igualmente el aventurero Tawfik Duoun, arabista, llegó a elogiar a Kemal Ataturk.¹⁵

Siendo éste el sentimiento general existente, la acción del imperio otomano logró en la primera década del siglo XX desarrollar una creciente adhesión, como se observa en los dos casos que han sido estudiados de cerca, el mexicano y el argentino.

¹⁴ Axel Gasquet, “Historia, leyendas y clichés del Oriente en la obra de Emir Emin Arslán”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), a. 13, n. 16 (2012), pp. 105-131.

¹⁵ Tawfik Duoun, *A emigração sírio-libanesa ás terras de promessa*, São Paulo: 1944.

Los ejemplos mexicanos incluyen el arco elevado en Mérida a la llegada de Porfirio Díaz en 1906, donde se lee “La colonia turca al general Porfirio Díaz” y se distingue la bandera otomana con su estrella de cinco picos. Lo que era un sentimiento difuso cristalizó con motivo de la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908 y con la posterior política de acercamiento a las comunidades. En México, comenzó a circular la revista *Al-Jawater* (Las ideas), precisamente el 24 de julio de 1909, conmemorando el primer aniversario de la revolución. El segundo aniversario, en 1910, fue celebrado con un banquete; los comercios de la comunidad permanecieron cerrados y los edificios se adornaron con banderas mexicanas y turcas con la media luna. Ese mismo año, centenario del comienzo de la independencia, la recopilación de recortes periodísticos revela que en Zacatecas, Durango, Chihuahua, Pachuca y Mérida abundaron las manifestaciones de las comunidades locales, que se definían como “turcas” u “otomanas”: carros alegóricos, dedicación de monumentos, banquetes. La culminación fue la ceremonia de entrega del reloj público todavía llamado Reloj Otomano, para la cual había sido invitado el embajador de Estambul en Washington, aunque al final éste no acudió.¹⁶

Iguales o más abundantes fueron las manifestaciones en Argentina. La comunidad era mayor, el medio intelectual más estimulante, estaba la cercanía de los inmigrantes de Brasil y Chile y no hubo una conmoción política como la Revolución Mexicana. Sobre todo, hubo un representante otomano, que la comunidad mexicana en vano había pedido. El estudio que ha realizado Steven Hyland muestra que ya en 1890 una delegación había viajado a Estambul a pedir al sultán Abdul Hamid el establecimiento de relaciones con Argentina y también entre los árabes de Buenos Aires (así como entre los albaneses) la revolución de 1908 fue recibida con entusiasmo: sus dirigentes *turcos* fueron ensalzados, se ondearon banderas otomanas, se cantó el himno otomano; hubo banquetes, discursos, artículos de prensa y un poema celebratorio. En 1909, se fundó en Buenos Aires una efímera Sociedad Juventud Otomana. Las declaraciones, en sentido arabista, de la Sociedad Siria de París fueron rechazadas por un periódico porteño, que declaró su adhesión al Estado otomano. La llegada de su representante, Emin Arslán (1910), fue recibida por una muchedumbre de 4000 personas, entre los cuales estaba representada la Sociedad Siria y la Sociedad

¹⁶ Los ejemplos, rescatados de la prensa y de archivos de la época, fueron reunidos por Jorge Armando Andrade García, *La migración árabe y el otomanismo en México (1874-1918)*, licenciatura en Historia, FFYL, UNAM, 2014

Israelita, que ondeaban banderas otomanas; en los años siguientes mantuvieron estrecha comunicación con Arslán.

Las relaciones reanudadas entre el imperio y su diáspora llevó a que ésta se involucrara en los conflictos de aquél. Hay ejemplos anecdóticos que lo ilustran: con motivo de la agresión italiana a Tripolitania en 1912, hubo en México una polémica con la colonia italiana, que derivó en acusaciones en la prensa. Al ser en Buenos Aires más numerosas ambas colonias, las polémicas debieron de ser también más abundantes. Un episodio contado por el cronista popular Félix Lima nos presenta la discusión entre un italiano y un turco a propósito de la guerra, citando uno la agencia Stefani y el otro el diario (*sic*) *Assalan*. Más significativo es el ejemplo venezolano de Tannus Sahin Abi Dáger, el cual en 1912 escribió con muestra de emoción al gran visir Ali Pacha, proponiendo reclutar unos 20000 súbditos otomanos en las repúblicas latinoamericanas para combatir a los enemigos en los Balcanes, ofreciéndose inclusive pagar el pasaje de los que no pudieran hacerlo. En Chile, a Benedicto Chuaqui, en sus valiosos esfuerzos autodidactos por difundir el árabe, se le ocurrió publicar una traducción de la endeble novela *La fuga de Abdul Hamid*, que había sido traducida del turco al árabe y él había leído y releído varias veces, considerándola de interés para los árabes “que entonces éramos súbditos del imperio otomano”.¹⁷

El arabismo y la gran Guerra

El entusiasmo otomanista, sin embargo, se fue degradando entre la diáspora, del mismo modo que en la metrópoli. Uno de los motivos fue la decepción ante el gobierno de los Jóvenes Turcos, que había subido al poder entre grandes esperanzas en 1908 pero mostró pronto un carácter turcocéntrico y represivo. Luego, el estallido de la gran Guerra, los desgraciados acontecimientos de Siria, la propaganda francesa y por fin la derrota del imperio otomano llevaron a un creciente divorcio entre el otomanismo y los árabes. Crecieron entre éstos los idearios alternativos, ligados a la Gran Siria, a Líbano o al arabismo, los cuales tuvieron uno de sus teatros, y no menor, en las Américas. Por un lado

¹⁷ Andrade García, *Migración árabe y otomanismo*, pp. 57-59; Félix Lima, *Entraña de Buenos Aires*, recopilación, estudio preliminar, notas y vocabulario de José Barcia, Buenos Aires: Hachette, 1969, pp. 207-209; Mehmet Necati Kutlu, “Súbditos otomanos en América Latina: un documento y algunas reflexiones sobre las causas de la emigración”, *Revista de Ciencias sociales de la Región Centrooccidental* (Barquisimeto), año 4, n. 10 (2005), pp. 125-141; Benedicto Chuaqui, *Memorias de un inmigrante (imágenes y confidencias)*, Santiago: Orbe, [1942], p. 329.

con la llegada de individuos imbuidos con aquellos idearios; por otro lado con la abundante participación local en las discusiones relativas.

De la llegada de enemigos del imperio hay abundantes indicios. Los representantes consulares de Estambul en Estados Unidos advirtieron de la existencia de armenios nacionalistas; más tarde fueron también árabes. En las ciudades de tránsito como Marsella había espías otomanos atentos al paso de disidentes. Que los mismos desembarcaran en América es revelado por evidencia más abundante: podían ser individuos menores, como el prometido de Naima, mujer que inmigró a Chile en 1913 y cuya hija escribió de ella una biografía novelada, en la cual nos muestra que su padre había frecuentado círculos arabistas y había sufrido la persecución turca.¹⁸ Junto a ellos y sobre todo se destacaron conocidos ideólogos como los antes mencionados Jalil Saade o Tawfiq Duoun, así como abundantes redactores de varios periódicos comunitarios y una figura principal como Habib Estéfano, el gran hablador que ya nombré y que había sido presidente de la Academia Árabe de Damasco bajo el efímero reinado de Faisal.

Las ideas importadas fueron, sin embargo, reelaboradas localmente. Ya se habló de la influencia del medio americano. Éste llevó a la polémica y consiguientemente a la reflexión, y ésta a las lecturas, a que muchos árabes empezaran a leer sobre sus lugares de origen, generalmente en libros europeos: fue lo que hizo el prometido de Naima; movidos también por motivos prácticos, muchos vendedores ambulantes árabes aprendían en Brasil a escribir en su lengua.¹⁹ Las sociedades de inmigrantes se preocuparon en traer maestros de árabe y en establecer cursos para enseñarlo, así como en difundir su literatura. Buscando, se descubren las huellas de este interés nacido y satisfecho después de la partida: los esbozos que se escribieron en distintas partes sobre la historia de Siria o Líbano tienen una fuerte marca de la historiografía europea; las decoraciones, trajes, descripciones, los nombres mismos que individuos de las colonias aplicaban a las mismas retomaban el orientalismo europeo. Elementos que después serían importantes en los nacionalismos locales, como la referencia a los fenicios, aparecieron tempranamente: el citado arco de la colonia turca en Mérida erigido en 1906 presentaba “elementos fenicios”, según la

¹⁸ Edith Chahin, *Nahima: la larga historia de mi madre*, Barcelona: Mitos Voces, 2002.

¹⁹ Este último lo nota Taufik Kurban, *Os syrios e lebaneses no Brazil*, São Paulo: Libreria Freitas Bastos, 1933, p. 68.

descripción de un diario. En la dedicación del Reloj Otomano, en 1910, Antonio Letayf discursaba en torno a “nuestros progenitores los fenicios”.²⁰ En Buenos Aires, el entonces otomanista Alejandro Schamún hablaba de los sirios y de sus antepasados orientales, entre los cuales mencionaba a los fenicios, no a los árabes.²¹

Tales elementos habían obrado subterráneamente entre las comunidades. Sin embargo, del mismo modo que en la metrópoli, lo habían hecho en un sentido autonomista, no independentista. Pruebas de un sentimiento antiturco extendido no hay hasta el estallido de la guerra, cuando la situación cambió y se difundió un creciente rechazo al imperio otomano. A ello contribuyó la represión llevada a cabo por Cemal Bajá en Siria, la miseria y hambre que originó la guerra, no debidas a las operaciones militares sino a la confiscación de alimentos en beneficio del frente turco y del alemán. Un tercer elemento que contribuyó a determinar la posición de los árabes en la Gran Guerra fue su progresiva francofilia. Es parte de un fenómeno muy general, ya notado muchas veces: por varios motivos Francia, aunque potencia menor que Gran Bretaña, tuvo una influencia cultural mucho mayor que ésta, inclusive en un país como Egipto, controlada por los ingleses, y ofreció protección consular a los inmigrantes árabes. En Brasil figuraron entre sus agentes los judíos norteafricanos instalados en el Amazonas, que se llamaban argelinos y franceses. Por doquier la educación tenía un fuerte tinte francófilo, visible entre otras cosas en los nuevos nombres de pila que adoptaban.

Poco pudo hacer el Imperio otomano al estallar la guerra, dado que su presencia diplomática y su prestigio simbólico eran mucho menores en América Latina a las de sus enemigos. Contó con el apoyo de su aliado alemán, pero también éste se hallaba en inferioridad de condiciones en América frente a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos; con todo, ofreció protección consular a los súbditos otomanos, los cuales se hallaban “técnicamente proalemanes” debido a la alianza germanoturca, según Amin Rihani. A dicha protección, que les había sido negada por el consulado francés, se acogieron algunos inmigrantes en México, y la embajada alemana alentó entre ellos la propaganda árabe

²⁰ Véanse las citas y las observaciones de Andrade García, *Migración árabe y otomanismo*, pp. 76-77.

²¹ Alejandro Schamún, *La colectividad siria en la República Argentina*, Buenos Aires: s.e., 25 de mayo de 1910, pp. 3ss; véanse también las citas y las observaciones de Andrade García, *Migración árabe y otomanismo*, pp. 76-77.

antifrancesa y antibritánica y el activismo a favor del imperio otomano, o por lo menos la neutralidad en la guerra. Es significativo este esfuerzo: significa que la posición ante la guerra era por lo menos dudosa y no dejó de tener resultados.

Enumerando algunos, se echa de ver que en Buenos Aires se fundó el Partido Otomano, que pedía la independencia, la integridad del Imperio otomano y la descentralización y autonomía de los árabes; sus ideas las expuso el periódico *Bandera Otomana*. En México, donde no había legación otomana, se formó un grupo germanófilo, apoyado por la embajada alemana, que contó con una revista, *Al-Jawater* (Las ideas), asociaciones en la capital y en Mérida, que tuvieron fuerte activismo, que vemos expresado en polémicas presentes en la prensa y en el folleto de Antonio Letayf “*Syrios desenmascarados*” y “*Cultura árabe*”, resultado de algunas conferencias que dictó, y que fue publicado en fecha tan tardía, hacia 1918. Los otomanistas denunciaban las intenciones expansionistas de Francia y Gran Bretaña en sus países; opinaban que el imperio otomano, si bien había sido despótico en el pasado, era por lo menos un vecino conocido. De la fuerza de esta opinión da también indicio que los antiotomanistas, quizás con el apoyo encubierto del gobierno estadounidense, enviaran a Yucatán al conocido intelectual Amín al-Rihani para combatirlos.²²

Sin embargo, los esfuerzos otomanistas no podían contrarrestar la poderosa acción de sus enemigos. Los árabes se vieron envueltos en el conflicto al serles negada la entrada a los Estados Unidos y el viaje en barcos de este país.²³ Como señalaba la revista mexicana *Emir*, “en la guerra mundial (1914-1918) había dos bandos, aliadófilos y germanófilos. Desde que se desencadenara el último y gran conflicto no hemos notado sino un grupo, el francófilo”. Dado que toda actividad política había sido prohibida en el imperio otomano, fueron los grupos del *mahyâr* los que quedaron a cargo de organizar encuentros, de financiar ayuda y hasta una organización armada y sobre todo de definir las políticas a seguir y por lo tanto los rasgos de la identidad libanesa, siria o árabe, que eran esgrimidas como bandera de las nuevas propuestas políticas.

²² Sobre la misma, con importantes documentos, véase Carmen Ruiz Bravo, “Amin al-Rihani en México: arabistas y otomanistas en lucha”, en *Homenaje al profesor Darío Cabanelas Rodríguez OFM, con motivo de su LXX aniversario*, Granada: Universidad de Granada, 1987, vol. 1, pp. 463-476.

²³ Ruiz Bravo, “Amin al-Rihani en México”, pp. 465-466.

El imperio otomano, que había tenido una inicial aparición en América Latina, desapareció de este escenario por el resto del siglo XX, salvo algunos incidentes y personajes, y tuvo por parte de los ahora árabes y de los criollos una prensa en general mala. Las confusiones que originó esta actitud apenas en nuestros días se están aclarando. Es significativo que ello coincida con el nuevo protagonismo que el Estado turco está teniendo en el mundo árabe y en América Latina en estos comienzos del siglo XXI.

Bibliografía

Andrade García, Jorge Armando, *La migración árabe y el otomanismo en México (1874-1918)*, licenciatura en Historia, FFYL, UNAM. 2014

Chahin, Edith, *Nahima: la larga historia de mi madre*, Barcelona: Mitos Voces. 2002.

Chuaqui, Benedicto. *Memorias de un inmigrante (imágenes y confidencias)*, Santiago: Orbe. 1942

Ekinci, Mehmet Uğur. “Reflections of the first Muslim emigration to America in Ottoman documents”,
http://www.academia.edu/5405036/Reflections_of_the_First_Muslim_Immigration_to_America_in_Ottoman_Documents

Fahrenthold, Stacy. “Transnational modes and media: the Syrian press in the Mahjar and emigrant activism during World War I”, *Mashriq-Mahjar*, 1. 2013

Gasquet, Axel “Historia, leyendas y clichés del Oriente en la obra de Emir Emin Arslán”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), a. 13, n. 16. 2012

Hyland Jr, Steven. “Arisen from deep slumber: transnational politics and competing nationalisms among Syrian immigrants in Argentina 1900-1922”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 43. 2011

Karpat, Kermal H. “The Ottoman emigration to America 1860-1914”, *Middle East Studies*, n. 17. 1985

Kurban, Taufik. *Os syrios e lebaneses no Brazil*, São Paulo: Libreria Freitas Bastos. 1933

Kutlu, Mehmet Necati “Súbditos otomanos en América Latina: un documento y algunas reflexiones sobre las causas de la emigración”, *Revista de Ciencias sociales de la Región Centrooccidental* (Barquisimeto), año 4, n. 10. 2005

Kutlu, Mehmet Necati *et al.* *Imperio otomano-América Latina (periodo inicial)*, Ankara: Centro de Estudios Latinoamericanos. 2012

Landau, Jacob. “Diaspora nationalism” En: J. Motyl Alexander. (ed.) *Encyclopedia of nationalism*, San Diego: Academic Press. 2001

Letayf. “Sirios desenmascarados” y cultura árabe, México: Servicio de Informaciones Alemanas, 1918

Noufour, Hammurabi. “Contribuciones argentinoárabes: entre el dato y la imaginación orientalista” En: Hauser, Karim y Gil, Daniel (eds) *Contribuciones árabes a las identidades latinoamericanas*, Madrid: *Casa Árabe y IEAM*. 2009

Ruiz Bravo, Carmen. “Amin al-Rihani en México: arabistas y otomanistas en lucha” En: *Homenaje al profesor Darío Cabanelas Rodríguez OFM, con motivo de su LXX aniversario*, Granada: Universidad de Granada, vol. 1. 1987

Schamún, Alejandro. *La colectividad siria en la República Argentina*, Buenos Aires: s.e., 25 de mayo de 1910,

Schumann, Christoph. “Nationalism, diaspora and ‘civilisational mission’: the case of the Syrian nationalism in Latin America between World War I and World War II”, *Nations and Nationalism*, vol. 10. 2004

Tawfik Duoun, *A emigração sírio-libanesa ás terras de promessa*, São Paulo. 1944